

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción y venta.

Toledo. D. Elias Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los sábados.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.º, deha.

Suscripción.

Un año.....	3,00 pesetas.
Número suelto.....	0,10
Idem atrasado.....	0,15

Pago adelantado.

EL EMMO. SR. CARDENAL SANCHA

Se encuentra sin novedad, gracias á Dios, en Cestona, donde fué á reparar su salud, algún tanto debilitada por su constante actividad y el cuidado de los innumerables asuntos que pesan sobre él.

Los periódicos dieron noticias alarmantes. Paseaba en coche el ilustre Purpurado, cuando un automóvil, á gran velocidad, chocó contra el coche, destrozándole por completo.

El telegrama que el Sr. D. Francisco Yébenes, familiar de Su Eminencia, remitió, con gran oportunidad, al Ilmo. Sr. Obispo Auxiliar, tranquilizó los ánimos.

«Cestona 24, (11 m.)»

Afortunadamente no ocurrió novedad alguna; noticia Prensa exagerada, estamos bien.—Yébenes.»

El mismo Sr. Cardenal con su bondad habitual, firmó este otro telegrama.

«Cestona 24, (16.)»

Accidente pasó desapercibido.—Cardenal Sancha.»

Muchas felicitaciones ha recibido nuestro querido Prelado con este motivo, y muchísimas personas se acercaron ayer á palacio interesadas por el ilustre viajero. Unimos nuestra felicitación á las innumerables muestras de afecto que recibe con este motivo.

El Cristo de la Misericordia.

Leyenda toledana.

Durante el reinado de Enrique IV de Castilla, sabido es que por debilidades de este Monarca, y por los desiertos de su favorito don Juan de Pacheco, Marqués de Villena, que llegó á ser el arbitro de los destinos del reino, se hallaban los animos muy divididos, y las discordias y luchas civiles encendidas, en tales términos, que las villas y ciudades fueron teatro de horribas hecatombes, que no concluyeron sino con la sangrienta batalla de Olmedo, con la muerte del Infante D. Alfonso, con la del Rey D. Enrique, y sobre todo, con la exaltación al Trono, de su hermana la gran Isabel I.

Toledo, capital de la Monarquía, como era consiguiente, se halló también envuelta en aquellas disensiones, y sus calles fueron enrojecidas por la sangre de los dos bandos militares: el de los Silvas, compuesto de moros y judíos recién convertidos, á los que llamaban cristianos lindos, y el de los Ayala, ó cristianos viejos; el primero á favor del Infante D. Alfonso, y el segundo, al del Rey legítimo D. Enrique (1).

Cuenta la tradición, y preciso es respetarla

(1) En esta contienda, la ciudad de Avila, en donde fue exonerado y despojado en odio el Rey D. Enrique IV, defendió con tanta ferocidad al Infante D. Alfonso, que año hoy mismo en los documentos municipales, á nuestro actual Rey le nombran Alfonso XIV y á su padre Alfonso XIII, en atención á que para la ciudad el hermano de Enrique IV fué Alfonso XII.

por lo piadosa, poética y caballeresca, que retrata el espíritu de la época y el temple del alma toledana, sólo comparable al de sus aceras de noche, que en una de aquellas turbulentas noches, que han pasado á la posteridad con el nombre de *noches toledanas*, la obscuridad mas profunda reinaba en un retorcido callejón, que corría por la parte meridional de la hoy restaurada Iglesia de los Santos Justo y Pastor, callejón desaparecido, como toda la barriada, que se derribó en tiempos del Cardenal Cisneros, para edificar el actual Convento e Iglesia de San Juan de la Penitencia.

En él estaba situada una gran casa donde habitaba un acaudalado hidalgo, con su única hija Isabel, hermosa joven de diecisiete años, dueña de los pensamientos de D. Diego López de Ayala, agreste y gallardo galán, defensor con los suyos de las fueros de la Catedral, que á la sazón se hallaba sitiada por los partidarios de D. Lope de Silva.

Aprovechando un momento de tregua en la lucha, y de descuido de los centinelas del de Silva, D. Diego corrió presuroso á tranquilizar á su amada D.ª Isabel, que, impaciente y azorada le esperaba en su gótica reja, no cesando de levantar sus ojos y su corazón al Cielo, pidiendo protección á la que es Consuelo de los Aflijidos y Vaso de Honor.

Entregado á esta ansiedad estubo la bella Isabel, cuando súbitamente oyo ruido tras de sí, se vuelve y queda aterrorizada al ver á unos embozados que se encontraban en su habitación, y que habían llegado hasta allí saltando las tapias de un jardín.

Su pavor fué tan grande, que quiso gritar y no pudo; la voz se le había ahogado en la garganta, viéndose sin fuerzas para moverse é imposibilitada de recibir ningún auxilio.

Violentemente es arrebatada por aquellos hombres, una mano de ellos le tapa la boca, cargan con ella y estean á la calle con aquel precioso tesoro; rebosando de gozo el infante don Lope de Silva, pues no era otro sino él, el enemigo encarnizado de D. Diego López de Ayala, que creía con ésto ver ya triunfando la venganza y el odio que en su corazón abrigaba.

Entróntanto, D. Diego veía sigilosamente desde la Catedral, y al divisar aquella extraña y desconocida turba, á la pálida luz exhalada de un farolillo, encendiendo por devota mano para alumbrar á un Crucifijo, que incrustado estaba en una hornacina abierta en el muro de la Iglesia; reparando que llevaban forzada á una mujer, que pugnaba por desahucarse de sus aprehensores, comprendió en seguida que se trataba de un rapto, y tirado de la espada, les cerró el paso gritandoles:

—¡Altos! ¡Canallas, soled á esa mujer, ó de lo contrario, os haré sentir el filo de la espada de un caballero!

De repente, dos voces unisónas, resonaron con asombro:

—¡Diegoll!

—¡Isabelll!

Entonces la indignación del caballero rayó en furor: de un taño abrió la cabeza al que cargaba su amada, el cual cayó rodando por el suelo. Ella de un salto se puso detrás de su amante, quien, cubriéndola con su cuerpo y debajo del Santo Cristo, se defendía heroicamente de los mandobles y estocadas de sus enemigos.

Al vislambiar entre las sombras la figura de D. Lope, exclamó:

—¡Ab! ¡Cobarde, ahora lo comprendo todo! Ven, ven á cruzar tu acero con el mío.... ¡No te escondas, miserable, que Dios nos ve!

Mas nada hacia cesar á aquel infame. La lucha seguía desigual: D. Diego, con el pecho abierto por hondas heridas, empezaba á desfallecer, sus fuerzas y sus bríos le iban faltando, el cansancio le agobiaba, y la consideración de que Isabel había de quedar en manos de don Lope, le desesperaba.

Ya no podía esperar nada en lo humano, y elevando su corazón al Crucifijo, sin dejar de defenderse, exclamó:

—¡Dios mío! Si vuestra voluntad es que yo muera aquí á vuestros pies, acpto gustoso la muerte ¡perdonadme! Pero es mi último ruego, Señor, que salvéis el honor de esta desvalida doncella.

No había terminado de murmurar esta súplica, cuando, separándose repentinamente los sillares del muro en que se apoyaba D. Diego ya exhausto, cubriendo siempre el cuerpo de Isabel, abrióse un hueco, por el que fueron impetuosos hacia el interior los dos amantes, por una brusca y misteriosa fuerza, cerrándose el muro tan luego estuvieron dentro.

Lejos de abandonar aquella criminal empresa D. Lope y sus secuaces, su presencia de aquel prófugo sobrenatural, su rabia creció de pronto, y cual furias infernales, siguieron acuchillando la pared, y al ver su loco empeño, dispusieron á desmenujar la inmediata puerta del Templo, que el propósito temerario de escapar con D. Diego, aunque fuera al pie de los altares, y recuperar á la desgraciada joven.

Mas.... ¡precis pretensional! El Dios de la Misericordia, del Honor y de la Justicia, los defendió. En el mismo instante que pusieron manos á las puertas, las campanas de la torre empezaron ellas solas á tocar á rebato, y los vecinos de la parroquia, al sentirse así llamados á aquellas horas, acudieron presurosos con las armas en la mano á defender á su querida Iglesia, que en otra ocasión habían visto víctima de una horrible profanación de los mismos facciosos. Ante aquella actitud resuelta y aseasonadora de los vecinos, D. Lope y los suyos huyeron precipitadamente....

Al entrar los fieles en el Templo, allá entre sombras, distinguieron lechos de terror paucos la figura de un caballero bañado en su sangre y casi exánime á los pies del Altar mayor, alumbrado por la lampara del Santísimo Sacramento y á una dama llorosa que, con girones de sus vestiduras, trataba de vendar las heridas y restañar la sangre del moribundo, y que elevaba piadosísimas jaculatorias á Jesús y á su Santa Madre.

.....

Habían transcurrido dos meses.

La causa de la legitimidad, representada por los Ayales, había triunfado.

Los castigos á los rebeldes habían comenzado de una manera despiadada.

El castigo de D. Lope de Silva, en unión de otros, apareció una mañana pendiente de las sienes del Alcazar.

D. Diego y D.ª Isabel, en aquella misma Iglesia y ante aquel mismo Altar, se unieron en santo é iniolvable sacramento, y durante toda su vida acudieron diariamente á los pies de aquel venerado Santo Cristo á darle gracias por tan portentoso milagro, conmovedores desde entonces dicha lengua por el Cristo de la Misericordia.

Manuel Castañón y Montañón.

LAS GOLONDRINAS

Al nido de mis balcones y al nido del alto alero, y á los nidos del techado las golondrinas han vuelto.

Apenas la rubia Aurora en rayo de oro primero quehaca en las vendas persianas y penetra en mi aposento, pingüillando en gorjeos, se al anochecer tornado con la hembra al rústico techo, almas en los cristales, almas en las ventanas diciendo.

Un día se oye en el nido insatisfo barro; la golondrina es ya madre y pian los piquetueños.

Con rebolados afaes el padre busca el sustento, que sus hijos con ahirridos le piden así tanta familia

Y siendo á tanta familia muy menegado el aposento,

la madre un día, el padre otro afuera velan su sueño. Repican y á festa tocan las campanas en el pueblo; también su festa celebran los vecinos del alero.

Y al aire tras de sus padres se lanzan los piquetueños, y posando en mis balcones me dan el primer concierto.

Vacío se queda el nido, el techado está desierto, solitarios los balcones y sonejado mi pecho.

Sus alas de encruacha y nieve bate el frío y erdo invierno, y emigran las golondrinas y se van lejos, muy lejos. Aíla se harán otro nido y agrardarán á otro dueño, y si vuelven, ya no todas nos verán ni las veremos.

.....

Para alivio de mis penas delante el helado invierno, otro nido más precioso que el de golondrinas tengo.

Más allá que los balcones y más alto que el alero le colga la Providencia en un devan que da al cielo.

Los tres rubios herfanitos que el dulce nido materno, robado vieren un día antes que alzar el vuelo.

Cual mechones de masorras, trenados en oro y fuego, bajo sus colas se escapan á mechones sus cabellos.

Y muestran su linda cara una nida y dos chibuelos, cual su pico entre las borras del nido aseñan jilgueros.

Sus ojos garzos retratan mis facciones en su espejo, y yo á mí mismo me pido cuando pan me están pidiendo.

Y so largas me bendices y su boca me da besos, y apretones sus brancos y sus manos mímos tiernos. Yo te amo alido que no hacen golondrinas ni jilgueros, ni el mirio ni la oropendola, nido coigado del cielo.

Tu era calor de mi hogar en frías noches de invierno, tú das soías á mí alma.

Y así alivio á mí pecho. Nido que del mismo Cristo fabricó el divino dedo diciendo: venid, los niños, formad mi amoroso cerco.

S. Liso y Estrada.

Pensiones obreras.

Un timo del paternal Gobierno de Francia.

Apuntáremos los hechos. El 26 de Febrero de 1906, es decir, la víspera misma de disolverse el anterior Parlamento, votó de prisa y corriendo la Cámara el proyecto que había estado rodando de comisión en comisión por espacio de casi treinta años.

Buscaban los votos de los candidatos obreros en las nuevas elecciones y los encontraron. Es claro: vieron que la suspirada ley de pensiones estaba votada y este les bastó para enterarse.

No contaron con la húspepa y dete arz el Senado, que debís discutir y aprobar la ley; mas la encontraron tan dispersada, contradictoria en sus artículos é inasceptable, que la rechazaron hasta que se redactase de nuevo. Así opinaron Curviot y la Comisión senatorial.

Ni el Senado ni el Congreso se han vuelto á ocupar del asunto en los dos años transcurridos.

Mas ahora, como en 1809 habrá elecciones, ya van moviendo los tramos de las pensiones obreras para congraciarse otra vez con el par-